

Recordar, compartir, aprender

## Alicante

Teresa de Jesús Gutiérrez Álvarez, 66 años

Inmaculada Martínez Olmos, 35 años

### TERESINA O EL ARTE DE VIVIR.

*Tal vez la historia de Teresina, esta maestra nacida en León y alicantina de adopción, no cuente hazañas extraordinarias. O tal vez sí. El lector será quien juzgue si el haber alcanzado una vida tan plena y llena de sentido como la de Teresa es un hecho extraordinario o no.*

Mi mayor temor es no estar a la altura de lo que las historias de Teresa merecen. No saber acertar con las palabras que hagan a esta historia ganadora, porque Teresa ya lo es. Ella sabe muy bien lo que quiere contar, y las palabras le salen a borbotones e inundan la estancia de ecos de tiempos felices, felices no, felicísimos, y se me quedan impregnadas horas después de habernos despedido. Le expreso mis dudas acerca del relato, mi inseguridad, y Teresa me contesta enérgicamente: “¡Hay que ser firme y decidida, yo te ayudaré!”. Me recibe sentada en el despacho del centro comunitario de mayores del que es presidenta. Cuando se levanta, veo a una mujer menuda, “soy muy chiquitina -dice con alegría- ¡y ahora aún más, porque he encogido tres centímetros!”.

Es obvio que la figura de su madre dejó una impronta indeleble en el firme carácter de Teresa. Nacida a principios de siglo, siempre tuvo claro que quería que sus hijas estudiaran, que se forjaran su propia vida y no acabaran siendo sombras ni prolongaciones de las vidas de sus maridos. Algo sin duda no tan usual en una época plagada de encorsetados prejuicios, una época en la que la mujer era considerada como un mero apéndice del hombre que tuviera a su lado, sin aspiraciones propias. Y no puedo por menos que sentirme afortunada de que el azar haya querido que la vida de Teresa y la mía coincidan en un breve espacio de tiempo, de poder contar historias como la suya, de poder dejar impresa la historia de mujeres valientes, de mujeres libres. Han pasado más de 45 años desde los acontecimientos y anécdotas que Teresa me narra, y sin embargo... ¡cuánto nos queda por aprender! Teresa rememora aquel año en el que, estando destinada como maestra en un pueblo de montaña, sintió la imperiosa necesidad de unos pantalones para combatir los rigores del crudo invierno leonés. Con sus pantalones nuevos se plantó en el pueblo, dispuesta ya a afrontar cuantos metros de nieve fueran necesarios. Pero enseguida percibió que algo andaba mal. Las mujeres fijaban la vista en ella al pasar, inclinaban sus cabezas hacia sus vecinas y bajaban la voz, pero no lo suficiente como para que Teresa no lo oyera: “Buena puta. Fíjate cómo va, ¿cómo se atreve?”.

“Por aquella época las mujeres no llevaban pantalones, estaba mal visto. Se morían de frío en invierno porque algunas no llevaban ni bragas –Teresina ríe y habla sin ningún pudor, sin inhibiciones- y les entraba todo el aire por ahí, ¿te imaginas? Pero eso sí -recalca con su maravillosa ironía- los pantalones estaba mal vistos. A mí me daba igual, ¿Queréis que os pida unos como los míos? -les replicaba- ¡Se está bien calentita!”.

Ese mismo año, Teresa decidió ocupar alguna de sus tardes conociendo más a sus vecinos, y para ello entraba al único bar que había en el pueblo y jugaba a las cartas con los mozos. Rompiendo estereotipos sin pretenderlo, Teresa iba tejiendo así sus amistades, a fuerza de espontaneidad, de compromiso, de autenticidad. Muchas fueron las voces que se alzaron contra aquella maestra que no parecía encajar en los rígidos esquemas de aquella época, pero ella supo acallarlas. “Al final de aquel año, muchas fueron las madres que acabaron jugando a las cartas en el bar -y con sonrisa pícaro, Teresa añade- ...y encargándome unos pantalones”.

-Teresa -la interrumpo-, si tuvieras que elegir una historia entre todas las que me estás contando, ¿cuál sería?

-La que te voy a contar ahora mismo -responde sin dudar, y sus ojos irradian una luz especial.

Presiento que me va a hablar de algo muy íntimo. “Corría el año 1968. Me había casado el año anterior y acababa de nacer mi primera hija. Era mi cuarto año de destino provisional como maestra. Había obtenido una puntuación excelente en las oposiciones, por lo que me encontraba bien posicionada para elegir. Con la única ayuda de un mapa, escogí el lugar que me pareció más cercano a mis padres en León. Cuando llegó mi turno y levantándome dije en voz alta el nombre del pueblo, un claro murmullo de estupor inundó el gran salón de actos. En ese momento intuí que algún error debía de haber cometido cuando todo el público allí presente había reaccionado con semejante asombro. Pronto comprenderíamos por qué. Villar de Omaña se erigía sobre un imponente acantilado a 1000 metros de altura. El único modo de acceder era a pie, ascendiendo una empinada y serpenteante cuesta”.

“En fin, allá vamos, dijimos con optimismo mi marido y yo, a ver lo que pasa. Mis suegros habían aprovisionado el coche con cacharros mil, ¡hasta tres gallinas llevábamos! Cuando estábamos llegando, una fuerte ventisca de nieve puso a prueba nuestro inquebrantable ánimo. Como respuesta a nuestras plegarias, la figura de una casa emergió de entre la bruma ante nuestros ojos y sus moradores salieron a nuestro encuentro. Tras barajar las escasas opciones de que disponíamos, mi marido decidió subir a caballo hasta el pueblo a buscar ayuda. Al cabo de unas horas regresó con un carro de vacas que conducía el alcalde del pueblo y que sirvió para transportar nuestros enseres. Mi marido se ajustó el chal negro que yo llevaba para sujetar a la niña a su cuerpo y, desafiando al gélido viento, emprendió el camino a pie hacia la cumbre siguiendo la estela del carro”.

“A pesar del accidentado inicio del viaje, fue sin duda éste el año más feliz de mi vida: los primeros meses de mi pequeña, mi marido preparándome taquitos de jamón y vino de quina para cuando yo llegaba a casa de trabajar. Vivíamos de alquiler en una casa de piedra, con los suelos de madera y una cocina de hierro de leña y carbón. Teníamos un prado justo enfrente de la casa, y los ventanales se abrían a nuestro particular edén”.

“¡Qué poco teníamos y, sin embargo, cuánto éramos! En primavera el paisaje se tiñó del verde más maravilloso que te puedas imaginar. Los colores del paraíso. Quisimos atrapar ese instante de felicidad a través del objetivo de una cámara –sonríe con dulzura entrecerrando los ojillos-. Mi marido todavía lleva esa foto en la cartera”.

## LO IMPORTANTE DE LA VIDA

“He experimentado la felicidad más intensa con las cosas más simples, las que no cuestan dinero. No teníamos ni una casa bonita ni cómoda, ni abundancia de alimentos. Cuando vives así, se le concede más importancia a lo poco que tienes. Aprendes a vivir alegre porque no tienes tanto apego a lo perecedero. Dispones de más horas para dedicar al trato con la gente. No está una tan pendiente de ese absurdo afán de poseer. Antes teníamos sólo un vestido para las fiestas, pero la emoción que nos embargaba cuando lo utilizábamos es muy difícil de describir. No hace falta hipotecarse, ni buscar la felicidad en paraísos exóticos -me dice seria-. Es otra cosa. Los jóvenes hoy lo quieren hacer todo demasiado deprisa, y viajan y salen, pero la felicidad... es otra cosa. Son tiempos difíciles para los jóvenes -suspira Teresa meditabunda-. Es muy difícil andar a contracorriente”.

Teresa fue una pionera. Y continúa su imparable proceso de crecimiento personal en el centro de mayores. Se siente una mujer con mucha suerte y demuestra su agradecimiento ofreciendo lo más valioso que tiene a los demás: su tiempo y su sabiduría: “Aquí estoy en mi salsa. Tengo posibilidades de ayudar, de dar mis horas, de aportar lo que yo pueda saber. He intentado ir por la vida respetando a todo el mundo, y haciendo que me respetaran a mí. He procurado ser agradecida, flexible y reconocer mis errores. Si sabes aprender de



Recordar, compartir, aprender

las dificultades que la vida te va poniendo, tendrás un tesoro valiosísimo para tu vida futura. Hay que estar tranquila con una misma. Darle a los problemas únicamente la importancia que tienen, no más. A mí ahora me gusta mucho hablar con la gente, antes era muy tímida, temía importunarles... Dios mío, lo que he aprendido...”.

Escuchando a Teresina la vida parece tan fácil...Y seguramente lo es.